

brarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones y por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque hallándose bien dispuestos, harían muy mal de no llegarse al manantial y fuente de perfección; los imperfectos, para poder juntamente pretender la perfección; los fuertes, para que no se debiliten; los débiles, para que se fortifiquen; los enfermos, para que sanen, y los sanos para que no enfermen; y que cuanto á ti, como imperfecta, débil y enferma, has menester comunicar á menudo con quien es tu perfección, tu fuerza y tu médico. Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar á menudo, por cuanto tienen comodidad, y los que tienen muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad; y que aquel que trabaja mucho y está cargado de penas, debe también comer viandas sólidas y á menudo. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender á bien recibirle; porque es casi imposible el hacer bien una acción no habiéndola ejercitado muchas veces.

Comulga á menudo, Filotea, y lo más á menudo que pudieres, con el aviso y parecer de tu padre espiritual; y créeme que las liebres en invierno, y en medio de nuestras montañas, se vuelven blancas; y esto porque no beben ni comen sino sola nieve (1). Y á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este divino Sacramento, tú también te volverás perfectamente hermosa, perfectamente buena y perfectamente pura.

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. VIII, c. LV (al LXXXI).

*Srita. Felicitas Lozaya*

PROFESORA DE CANTO.

## TERCERA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

EN LA CUAL  
SE CONTIENEN MUCHOS AVISOS NECESARIOS  
AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

### CAPÍTULO PRIMERO

DE LA ELECCIÓN QUE SE DEBE HACER CUANTO AL EJERCICIO  
DE LAS VIRTUDES.

El rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo. Así, la caridad no entra jamás en un corazón que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en obra, como hace un capitán á sus soldados; pero no las ejercita todas de una vez, ni igualmente, ni en todos tiempos ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el cual da su fruto á su tiempo (1), por cuanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna y enfadosa en un luto ó entierro, dice el pro-

(1) Salmos, 1, 3.

verbio (1). Es una gran falta en muchos que, aplicándose al ejercicio de alguna virtud particular, porfían en cualquier tiempo y ocasión que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos filósofos que siempre lloraban ó siempre refan; y aun hacen peor cuando menosprecian y censuran á los que como ellos no ejercitan siempre estas mismas virtudes. «Es menester alegrarse con los alegres y » llorar con los que lloran (dice el Apóstol), y la caridad es paciente, benigna, liberal, prudente y condescendiente » (2).

De la misma manera, hay virtudes cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deben ejercerse sus acciones aparte, sino antes tomar sus calidades y acciones de todas las otras virtudes. No siempre se ofrece ocasión de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad y la humildad son ciertas virtudes con las cuales todas las acciones de nuestra vida deben ir mezcladas. Virtudes hay más excelentes; mas no por eso su uso será tan necesario. El azúcar es más excelente que la sal; mas la sal tiene más frecuente y general uso. Por eso se debe siempre tener buena y pronta provisión de estas virtudes generales, pues se ha de servir de ellas casi de ordinario.

Entre el ejercicio de las virtudes debemos preferir aquel que es más conforme á nuestra obligación, y no á nuestro gusto. Era el gusto de santa Paula el ejercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar más fácilmente de los regalos espirituales;

(1) Eclesiástico, xxii, 6.

(2) S. Pablo á los Romanos, c. xii, 15, y á los Corintios I-xiii, 4.

mas no por eso dejaba de tener más obligación á la obediencia de sus superiores. Por esto san Jerónimo (1) la tenía por digna de reprehensión viendo que contra el parecer de su obispo se ejercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario, los apóstoles, que tenían cargo de predicar el Evangelio y distribuir á las almas el pan celeste, juzgaban que era indecente el embarazarse para este ejercicio, por practicar la virtud, del cuidado de los pobres, aunque de sí es tan excelente (2). Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un prelado, otras las de un príncipe, otras las de un soldado, otras las de una mujer casada y otras las de una viuda; y aunque todos estos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente darse á las que se requieren al género de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran á nuestra obligación particular debemos preferir las más excelentes y no las más aparentes. Los cometas parecen ordinariamente más grandes que las estrellas, y ocupan mucho más lugar en nuestra vista; mas no por eso deben compararse ni en grandeza ni en calidad á las estrellas. Ellos parecen grandes solo por cuanto están cerca de nosotros, y en un sujeto más grosero en comparación de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las cuales, por estar cerca de nosotros, sensibles, ó por mejor decir, materiales, son en extremo estimadas y preferidas siempre del vulgo. Así, prefieren algunos comúnmente la limosna corporal á la

(1) Ep. cviii, ad Eustoch., in Epitaph. Paulæ.

(2) Act., vi, 2.

espiritual, el silicio al ayuno, la desnudez á la disciplina y las mortificaciones del cuerpo á la dulzura, benignidad, modestia y otras mortificaciones del corazón. Escoge, pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las más estimadas; las más excelentes, y no las más aparentes; las mejores, y no las más bizarras.

Á cualquiera es muy provechoso el escoger un ejercicio particular de alguna virtud, y esto no para dejar las otras, sino para mejor tener el espíritu ejercitado y ocupado. Una joven y hermosa doncella, más reluciente que el sol, vestida y adornada realmente y coronada con una corona de oliva, se apareció á san Juan, obispo de Alejandría, y le dijo: «Yo soy la hija mayor del Rey: si tú me puedes alcanzar por tu amiga, yo te llevaré delante su cara.» Conoció que era la misericordia para con los pobres, la cual Dios le encomendaba; causa por que después se dió de manera al ejercicio de esta virtud, que era llamado de todos san Juan el Limosnero (1). Eulogio Alejandrino, deseando hacer algún servicio particular á Dios, y no hallándose con bastante fuerza ni para abrazar la vida solitaria ni para ponerse debajo de la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre, en extremo leproso y llagado, para ejercitar con él la caridad y mortificación; y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como un criado haría á su amo ó señor. Consintieron después, así Eulogio como el leproso, en una tentación, que era apartarse el uno del otro, sobre lo cual, aconsejándose con el gran san Antonio, les dijo: «Guardaos bien,

(1) Vitæ Patrum, lib. I, Vita S. Joann. Eleemos., c. vii.

» hijos míos, de apartaros el uno del otro; porque  
» hallándoos los dos cerca de vuestro fin, si el angel  
» no os halla juntos, corréis gran peligro de perder  
» vuestras coronas» (1).

El rey san Luis visitaba los hospitales y servía los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo la pobreza, á la cual llamaba *su señora*; santo Domingo, la predicación, de la cual su orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se deleitaba en acariciar los peregrinos, á ejemplo del gran Abraham, y como él también, en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobías se ejercitaba en la caridad de amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande princesa, amaba sobre todo el menosprecio de sí misma. Santa Catalina de Génova, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta (2) que una devota doncella, deseosa de ejercitarse en la virtud de la paciencia, acudió á san Atanasio, el cual, á petición suya, la dió por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadada é insufrible; de cuya mala condición perseguida la devota doncella, tenía no pequeña ocasión para practicar la apacibilidad y mansedumbre. Así, entre los siervos de Dios, los unos se dan á servir los enfermos, los otros á procurar el adelantamiento de la doctrina cristiana, enseñándosela á los de tierna edad, los otros á encaminar é instruir las almas perdidas y descarriadas, los otros á adornar los templos ú honrar los santos, y los otros á procurar la paz y concordia entre los hombres, en lo cual imitan á los bordadores, que, sobre diversos

(1) Vitæ Patrum, lib. VII, c. xix; lib. VIII, c. xxvi.

(2) Collat. Patrum, lib. XVIII, c. xrv.

fondos, ponen con hermosa variedad las sedas, el oro y la plata, para hacer todas suertes de flores; porque de la misma manera las almas piadosas que se emplean en algún particular ejercicio de devoción, se sirven del tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el cual practican la variedad de todas las otras virtudes, teniendo de esta suerte sus acciones y aficiones mejor unidas y pareadas, y esto por la conveniencia que tienen con su principal ejercicio; con que pueden decir que á su espíritu

*En su vestido, de oro recamado,  
La aguja varias flores ha sembrado (1).*

Cuando nos sentimos combatidos de algún vicio, nos conviene, cuanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando á ésta las demás; porque por este medio venceremos nuestro enemigo y no dejaremos de adelantarnos en todas la virtudes. Si yo me siento combatido de soberbia ó de cólera, conviene que en toda cosa me incline y vuelva al lado de la humildad y afabilidad, encaminando á este fin los otros ejercicios, como la oración, los sacramentos, la prudencia, la constancia y la templanza; porque como los jabalíes para aguzar los colmillos los aprietan y estriegan con los otros dientes, los cuales recíprocamente quedan afilados y agudos, así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perfeccionarse en la virtud, de quien tiene más necesidad para su defensa, la debe afilar y limar con el ejercicio de las otras

(1) Salmo XLIV, 10.

virtudes; las cuales, afilando las otras, quedan todas más excelentes y mejor pulidas, como sucedió á Job, que ejercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo y virtuoso en toda suerte de virtudes; y como dice san Gregorio Nacianceno (1), que por una sola acción de alguna virtud, bien y perfectamente ejercitada, viene una persona á la costumbre de las demás virtudes, alegando á este propósito á Rahab; la cual, habiendo con puntualidad ejercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema (2). Entiéndese esto cuando la tal acción se ejercita con excelencia y fervor de caridad.

## CAPÍTULO II

### PROGRESO DEL MISMO DISCURSO DE LA ELECCIÓN DE LAS VIRTUDES.

San Agustín dice excelentemente (3) que los que comienzan en la devoción, cometen ciertas faltas, las cuales son dignas de reprensión según el rigor de las leyes de perfección; y fuera de esto, son dignas de alabanza por el buen presagio que dan de una futura excelencia de piedad, á la cual asimismo sirven de disposición. El miedo, que es el que engendra los excesivos escrúpulos en las almas de los que nuevamen-

(1) Orat., XIV, § 2.

(2) Josué, VI; Heb., XI, 31; Santiago, II, 25.

(3) Sermo XX in Ps. CXVIII, § 1.

te salen de las ligaduras del pecado, es una virtud importantísima en este principio, y presagio cierto de una futura pureza de conciencia; pero este mismo miedo sería digno de vituperio en los que están muy adelantados en la virtud, en cuyo corazón debe reinar el amor, el cual poco á poco desecha esta suerte de servil miedo.

San Bernardo (1) en sus principios era muy riguroso y áspero con los que buscaban su doctrina, á los cuales la primera cosa que decía era que, para venir á él, dejasen el cuerpo y viniesen en sólo espíritu; y oyendo las confesiones, abominaba con una extraordinaria severidad cualquier suerte de faltas, por pequeñas que fuesen; y procuraba de manera instruir en la devoción á estos pobres aprendices, que de puro apretarlos á este fin, antes los desviaba de su propósito, porque congojados, desmayaban, viéndose apretar y aguijar en una tan derecha y áspera subida. ¿No ves, Filotea, que era un celo ardentísimo de una perfecta pureza el que provocaba á este gran santo á esta suerte de método, y que este celo era una grande virtud, pero virtud con todo eso que no dejaba de ser reprehensible? También el mismo Dios, por una sagrada aparición, le corrigió, derramando en su alma un espíritu dulce, suave, amigable y tierno, por cuyo medio, habiéndose vuelto otro, se acusaba después de haber sido tan exacto y severo; y se hizo de manera tratable y apacible con cualquiera, que se hizo á todo con todos para ganarles á todos (2). San Jerónimo, habiendo contado que santa Paula, su amada hija, se mostraba, no sólo ex-

(1) *Vita 1.ª S. Bern.*, lib. I, cc. IV, VI (Patrología lat., tomo CLXXXV).

(2) S. Pablo á los Corintios, I, IX, 22.

cesiva, pero contumaz en el ejercicio de las mortificaciones corporales, hasta llegar á no admitir el aviso contrario que san Epifanio, su obispo, la había dado á este fin, y que fuera de esto se dejaba de manera llevar del sentimiento de la muerte de los suyos, que casi siempre estaba en peligro de morir, concluye de esta suerte (1): « Dirán sin duda que en lugar de es- » cribir alabanzas de esta santa, escribo acusaciones » y vituperios. » Hago testigo á Dios, al cual ella ha » servido y yo deseo servir, que no miento ni de una » parte ni de otra; antes digo llana y lisamente lo » que ella es, como cristiano, de una cristiana; esto » es, que escribo la verdadera historia, y que sus vi- » cios son las virtudes de otros. » Quiere decir que las faltas de santa Paula hubieran tenido lugar de virtudes en un alma menos perfecta; como verdaderamente vemos que hay acciones que son tenidas por imperfecciones en los que son perfectos, las cuales antes serían tenidas por grandes perfecciones en los que son imperfectos. Es buena señal en un enfermo cuando al salir de su enfermedad se le hinchan las piernas, porque lo tal arguye que la naturaleza, ya reforzada, despide los humores superfluos; pero esta misma señal sería mala en uno que no está enfermo, porque denotaría no hallarse su naturaleza con bastantes fuerzas para disipar y resolver los humores. Filotea mía, mucho nos conviene el tener buena opinión de aquellos á quienes vemos practicar las virtudes, aunque sea con imperfección, pues que los santos mismos las han muchas veces practicado de esta suerte. Pero cuánto

(1) Ep. VIII, ad Eustoch, in Epitaph. Paulæ, § 20.

á nosotros nos conviene el tener cuenta de excitarnos, no solo fiel, pero prudentemente, y á este fin observar el aviso del Sabio de no aprobarnos en nuestra propia prudencia (1), sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por conductores y padres espirituales.

Hay ciertas cosas que muchos tienen por virtudes y que de ninguna manera lo son, de las cuales es necesario diga algo. Estos son los éxtasis ó raptos, las insensibilidades, las impasibilidades, uniones déficas, elevaciones, transformaciones y otras tales perfecciones, de las cuales tratan ciertos libros, los cuales prometen levantar el alma hasta la contemplación pura, intelectual, á la aplicación esencial del espíritu y vida supereminente. ¿No ves tú, Filotea, que estas perfecciones no son virtudes, sino recompensas que Dios da por las virtudes, ó (por mejor decir) vislumbres de las felicidades de la vida futura, las cuales á veces se le figuran al hombre para hacerle desear los eternos bienes del paraíso? Mas con todo esto no se han de pretender las tales gracias, pues no son de ninguna manera necesarias para el bien servir y amar á Dios, lo cual debe ser nuestra única pretensión; y muchas veces también no son gracias que no puedan adquirirse por el trabajo é industria, viendo que son antes pasiones que acciones, las cuales podemos recibir, mas no hacer en nosotros. Añado á esto que nosotros no hemos intentado hacernos sino gente de bien, gente de devoción, hombres piadosos y mujeres piadosas; causa por que nos conviene emplearnos bien en esto, que si Dios es servido de levantarnos hasta estas perfecciones

(1) Proverbios, III, 5.

angélicas, también seremos buenos angeles; pero mientras las esperamos, ejercitémonos simple, humilde y devotamente en las pequeñas virtudes, cuya conquista nuestro Señor ha puesto en nuestro cuidado y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificación de corazón, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la blandura para con el prójimo, el llevar con paciencia sus imperfecciones, la diligencia y santo fervor. Dejemos voluntariamente las sobreeminencias á las almas reelevadas, que nosotros no merecemos puesto tan alto en el servicio de Dios. No poco dichosos seremos en servirle en su cocina, en su panetería, en ser lacayos y ganapanes, criados humildes; que después le tocará (si le pareciere justo) el hacernos de su cámara y consejo privado. Esto es así, Filotea, porque este rey de gloria no recompensa sus criados según la dignidad de los oficios que ejercen, sino según el amor y humildad con que los ejercitan. Saúl, buscando los jumentos de su padre, halló el reino de Israel (1); Rebeca, abrevando los camellos de Abraham, se hizo esposa de su hijo (2); Rut, espigando con los segadores de Booz, y echándose á sus pies, mereció ser su esposa (3). Y es cierto que las pretensiones tan levantadas de las cosas extraordinarias están por extremo sujetas á ilusiones, engaños y falsedades; y sucede á veces que los que piensan ser ángeles, no son ni aun buenos hombres; y que en sus hechos, hay más grandeza en las palabras y términos de que usan que en el senti-

(1) Reyes, I, IX, X.

(2) Génesis, XXIV, 44.

(3) Ruth, II, IV.

miento y obra. Mas no por eso se ha de menospreciar ni censurar temerariamente nada, sino que dando gracias á Dios de la eminencia de los otros, nos quedemos humildes en nuestro camino, más bajo, pero más seguro; menos excelente, pero más cómodo á nuestra insuficiencia y pequeñez; en la cual, si nos conservamos humilde y fielmente, Dios nos levantará á grandezas bien grandes.

### CAPÍTULO III

#### DE LA PACIENCIA.

*Nec esaria os es la paciencia para que, haciendo la voluntad de Dios, gozáis la promesa* (dice el Apóstol) (1); porque como pronunció el Salvador: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* (2). Suma felicidad del hombre, Filotea, es el poseer su alma, y cuanto mayor es la perfección de nuestra paciencia, tanto más perfectamente poseemos nuestras almas. Menester hemos, pues, perfeccionarnos en esta virtud. Acuérdate muy á menudo como nuestro Señor nos ha salvado padeciendo y sufriendo; y que de la misma manera debemos procurar nuestra salud con sufrimientos y aflicciones, llevando las injurias, contradicciones y displaceres con la mayor mansedumbre que nos sea posible.

No limites tu paciencia á tal ó tal suerte de injurias y aflicciones, sino extiéndela universalmente á to-

(1) S. Pablo á los Hebreos, x, 36.

(2) S. Lucas, xxi, 19.

das las que Dios te enviare y permitiere. Hay unos que no quieren sufrir sino las tribulaciones honrosas; ponga por ejemplo el ser heridos en la guerra, ser presos en la batalla, ser maltratados por la religión ó empobrecer por alguna pendencia ó desafío en el cual hayan quedado vencedores; y estos no aman la tribulación, sino la honra, que esta á su parecer les trae. El verdadero paciente y siervo de Dios lleva igualmente las tribulaciones, así las que se juntan con la ignominia como las honrosas. El ser menospreciado, reprendido y acusado de los malos, facil le es de sufrir á un hombre animoso; pero el ser reprendido, acusado y maltratado de la gente de bien, de los amigos, de los parientes, aquí es donde se conoce el verdadero siervo de Dios. Es más de estimar la mansedumbre con que el bienaventurado cardenal Borromeo sufrió mucho tiempo las reprensiones públicas que un gran predicador contra él pronunciaba, que otras muchas molestias que de otros recibía; porque de la misma manera que las picaduras de las abejas dan más pesadumbre que las de las moscas, de la misma manera el mal que se recibe de los buenos y sus contradicciones son mucho más insoportables que las otras; y con todo esto sucede muchas veces que dos buenas intenciones sobre la diversidad de sus opiniones, una á otra se persiguen y contradicen.

Sé sufrida, no sólo en lo principal de las aflicciones que te sobrevinieren, pero también en lo accesorio y accidental que de ellas dependiere. Muchos querían tener trabajos, con condición que los tales no les trajesen incomodidad. No siento (dice uno) el haber empobrecido, si esto no me estorbara el servir y regalar

mis amigos, engrandecer mis hijos y vivir honradamente, como yo deseara. Otro dirá: Nada se me daría, si no fuese por ver que el mundo pensará haberme sucedido esto por mi falta. Otro sufrirá con mucha paciencia la detracción del maldiciente, con condición que nadie dé crédito al que de él murmura. Otros hay que querrían tener alguna incomodidad de trabajos según su parecer, pero no por entero. No pierden la paciencia (dicen los tales) por verse enfermos, sino por verse sin dinero para poder regalarse, ó por ver la importunidad de los que les sirven ó acompañan. Dígame, pues, Filotea, que conviene tener paciencia, no solo del estar enfermos, pero del ser de la enfermedad que Dios quiere, y con las incomodidades que quiere, y de la misma manera en las otras tribulaciones. Cuando te viniere algún trabajo, opónle los remedios posibles, lícitos y justos, porque hacer otra cosa sería tentar á su divina Majestad; pero hecho esto, esperarás con una entera resignación el efecto que más á Dios agradare. Si fuere servido que los remedios venzan el trabajo, darásle gracias con humildad; mas si fuere servido que el mal pueda más que los remedios, conviene bendecirle con paciencia.

Sigue el parecer de san Gregorio. Cuando justamente fueres acusado de alguna falta que hayas cometido, humíllate cuanto puedas, confesando mereces más que la acusación que te han hecho (1); y si la acusación fuere falsa, excusarás te mansamente, negando el ser culpable, y esto por cuanto debes esta reverencia á la verdad y á la edificación del prójimo;

(1) Moral. in Job, lib. XXII, §§ 30-34.

pero también si después de esta verdadera y legítima excusa continúan en acusarte, de ninguna manera te alborotes ni te canses en procurar sea recibida tu excusa, porque después de haber dado á la verdad lo que debes, debes también dar lo mismo á la humildad, y de esta suerte no ofenderás al cuidado que debes tener de tu fama, ni á la afición que debes á la tranquilidad y mansedumbre de corazón, y humildad. Quéjate lo menos que pudieres de los agravios que hubieres recibido, pues es cosa cierta que ordinariamente quien se queja peca, por cuanto el amor propio nos hace parecer las injurias mayores de lo que en sí son; y sobre todo te aconsejo no des tus quejas á personas fáciles á la indignación y malos pensamientos, que si fuere importante el quejarte á alguno, ó por remediar la ofensa ó por quietar tu espíritu, será bien que esto sea á almas sosegadas y devotas, porque de otra suerte, en lugar de aliviar tu corazón, le provocarán á mayores inquietudes, y en lugar de quitarte la espina que te pica, te la fijarán más adentro del pié.

Muchos, hallándose enfermos, afligidos y ofendidos de alguno, no se ocupan sino en quejarse y mostrar mucho melindre; y porque esto á su parecer (y es verdad) denotaría una gran falta de fuerzas y generosidad, desean por extremo y procuran con muchos artificios que todos se duelan de ellos y les tengan mucha compasión y estimen por no sólo afligidos, pero pacientes y animosos. Esto verdaderamente es paciencia, pero paciencia falsa, y que en efecto no es otra cosa sino una tácita y fina ambición y vanidad. «Es-»  
» tos tales reciben gloria (dice el Apóstol), mas no

» para con Dios» (1). El verdadero paciente no llora su mal ni desea que se le lloren; habla de él desnuda, verdadera y simplemente, sin lamentarse, sin quejarse y sin engrandecerle; y si se le lloran, sufre con paciencia que se le lloren, mas no que le lloren mal que no tiene; porque así declara modestamente que no tiene el tal mal, y queda de esta suerte sosegado entre la verdad y la paciencia, confesando su mal y no quejándose de él.

En las contradicciones que te sobrevinieren en el ejercicio de la devoción (porque éstas no te faltarán), acuérdate de las palabras de nuestro Señor: « La mujer, mientras está de parto, tiene grandes congojas; » pero viendo su hijo ya nacido, las olvida, por cuanto » le ha nacido en el mundo un hombre » (2).

Así tú has concebido en tu alma el más digno Hijo del mundo, el cual es Jesucristo; y cuando éste, después de bien formado, esté para salir á luz, no excusarás el sentirte del trabajo; pero ten buen ánimo, porque de estos dolores pasados te quedará un eterno gozo, viendo has sacado á la luz del mundo tal hombre. Habrásle, pues, de todo, sacado á luz para ti cuando por entero le hayas formado en tu corazón y en tus obras por imitación de su vida.

Cuando estuvieres enferma, ofrece todos tus dolores, penas y trabajos al servicio de nuestro Señor, y suplicale los junte á los tormentos que recibió por ti. Obedece al médico: toma las medicinas, viandas y otros remedios por amor de Dios, acordándote de la que él tomó por amor de nosotros: desea sanar para

(1) S. Pablo á los Romanos, IV, 2.

(2) S. Juan, XVI, 21.

servirle, no rehuses el padecer por obedecerle, y disparte á morir, si de esto fuere servido, para que así puedas alabarle y merezcas gozar de su presencia. Acuérdate que las abejas, en tiempo que hacen la miel, comen y se sustentan de un mantenimiento muy amargo, y que así nosotros no podemos hacer actos de mayor mansedumbre y paciencia, ni componer la miel de excelentes virtudes sino mientras comemos el pan de amargura y vivimos en medio de las aflicciones; y como la miel que se hace de la flor del tomillo, yerba pequeña y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se ejercita en la amargura de las más viles, bajas y desechadas tribulaciones es la más excelente de todas.

Mira á menudo con los ojos interiores á Jesucristo crucificado, desnudo, blasfemado, calumniado, baldonado, y en fin, perseguido de toda suerte de enojos, de tristezas y trabajos, y considera que todos tus sufrimientos ni en cantidad ni en calidad son de ninguna manera de comparar con los suyos; y que jamás podrás sufrir nada por él, comparado á lo que él ha sufrido por ti.

Considera las penas que los mártires sufrieron y las que tantas personas sufren, más pesadas sin ninguna comparación que las en que tú estás, y di: ¡Ay de mí! mis trabajos son consuelos y mis espinas rosas en comparación de los que sin socorro, sin asistencia y sin alivio viven en una continua muerte, perseguidos de aflicciones infinitamente mayores.

## CAPÍTULO IV

## DE LA HUMILDAD PARA LO INTERIOR.

*Pide prestados* (dice Eliseo á una pobre viuda) *muchos vasos vacíos, y echa en ellos el olio* (1). Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones, menester es tenerlos vacíos de nuestra propia gloria. El ceruicálo, gritando y mirando los pájaros de rapiña, los espanta por una propiedad y virtud secreta, causa por que las palomas le aman más que á todos los otros pájaros, viendo viven seguras en su compañía (2). Así, la humildad rechaza á Satanás y conserva en nosotros las gracias y dones del Espíritu Santo; y por esto todos los santos, y particularmente el rey de los santos y su Madre santa, han siempre honrado y amado esta santa virtud más que otra alguna entre las morales.

Llamamos vana la gloria que nos atribuimos, ó por cuanto no está en nosotros, ó porque está en nosotros sin ser nuestra, ó porque está en nosotros y es nuestra, sin que por ella debamos gloriarnos. La nobleza del linaje, el favor de los grandes, la honra popular, todas estas son cosas que no están en nosotros, sino en nuestros predecesores, ó en la estima de otros. Hay algunos que se muestran fieros y arrogantes porque se ven sobre un buen caballo, porque tienen un gran penacho en el sombrero y por verse vestidos suntuosamente; ¿pero quién no ve esta locura? Porque

(1) Reyes, IV-IV, 3, 4.

(2) Plin., *Hist. Nat.*, lib. X, c. xxxvii (al lxx).

si en esto cabe alguna gloria, la tal será del caballo, del pájaro y del sastre. ¿Pues qué flaqueza de ánimo es el hacer estimación de la que da un caballo, una pluma ó un vestido? Otros hacen caso, y aun se desvanecen, porque tienen el mostacho relevado, por la barba peinada, por los cabellos crespos, por las manos blancas, porque saben danzar, tocar y cantar; ¿pero no son estos tales bajos de pensamientos, pues quieren fundar su valor y apoyar su reputación en cosas tan frívolas y locas? Otros, por un poco de ciencia, quieren ser honrados y respetados del mundo, como si todos hubiesen de ir á su escuela y tenerlos por maestros. Otros se estiran y ensanchan en la consideración de su hermosura, creyendo con ella llevar tras sí los ojos del mundo. Todo es en extremo vano, loco é impertinente, y la gloria que se toma de tan flacos sujetos se llama vana, loca y frívola.

Conócese el verdadero bien como el verdadero bálsamo. Hácese la prueba del bálsamo destilándole dentro del agua; y si va al fondo y hace asiento en lo bajo, es tenido por muy fino y precioso. Así, para conocer si un hombre es verdaderamente sabio, entendido, generoso y noble, se ha de mirar si sus bienes miran á la humildad, modestia y sumisión, porque entonces serán verdaderos bienes; pero si quieren mostrarse y andar siempre por lo alto, serán bienes tanto menos verdaderos cuanto serán más aparentes. Las perlas que se congelan y crían al viento y ruido de los truenos, tienen lo exterior de perla y lo interior vacío (1).

(1) Pagóse tributo á las leyendas de Plinio y otros autores sobre las perlas por mucho tiempo. De ello nos da testimonio Mattioli en sus *Commentaria in vi Libros Dioscorides*, lib. II, c. iv, edición de Venecia, 1565.

Así, las virtudes y hermosas calidades de los hombres que se crían y viven en altivez, soberbia y vanidad, no tienen sino una simple apariencia de bien, sin jugo, sin médula y sin solidez.

Las honras, los puestos, las dignidades, son como el azafrán, que se mejora y crece con más abundancia cuando le pisan con los pies. No es honra el ser hermosos cuando desvanecidos nos miramos. La hermosura, para tener buena gracia, ha de ser menospreciada. La ciencia nos deshonra cuando nos hincha, desvanece y da en charlatanería.

Si somos puntuosos por los puestos, por las cortesías ó por los títulos, fuera de que exponemos nuestras calidades al exámen, á la inquisición y á la contradicción, las volvemos viles y abatidas; porque la honra, cuando es recibida en don, es por extremo hermosa; pero hácese vil cuando es buscada y perdida. Cuando el pavón, para mirarse, hace su rueda levantando sus hermosas plumas, lleva con ellas todas las demás, hasta que muestra lo disforme y feo. Las flores que, plantadas en tierra, son hermosas, se marchitan cuando se manosean; y como los que huelen la mandrágora de lejos, y de paso, reciben mucha suavidad, y al contrario, los que la huelen de cerca y de asiento se adormecen y desmayan, así las honras traen un pequeño consuelo al que goza de su olor desde lejos y de paso, sin divertirse ni embebecerse; pero al que por extremo de ellas se aficiona y con extremo las procura, son por extremo reprehensibles y vituperables.

El seguimiento y amor de la virtud, comienza á hacernos virtuosos; pero el seguimiento y amor de las honras comienza á hacernos dignos de menosprecio

y vituperio. Los ánimos nobles no se embarazan en tan rateros pensamientos, como es reparar en los puestos, saluciones y otros puntillos, porque piensan en cosas más sólidas y mayores; y así, esto sólo toca á los ánimos más apocados. Los que pueden alcanzar perlas, no se carguen de caracolillos ni conchuelas; y los que pretenden la virtud no se desvelen por las honras. Cualquiera puede ocupar su puesto y mostrarse en él sin violar la humildad, con tal que esto sea sin que cueste inquietud ni cuidado, porque como los que vienen del Perú, fuera del oro y plata que sacan, traen también simios y papagayos, tanto por el barato precio con que los compran como por lo poco que les carga los bajeles; así, los que pretenden la virtud no dejan de tomar los puestos y honras que les son debidas; pero no costándoles mucha atención y cuidado, ni admitiendo ningún desasosiego, inquietud, disputa ni contención. Y esto no se entiende con aquellos cuya dignidad mira el público, ni de ciertas ocasiones particulares que causarían una grande consecuencia; porque en tal caso, conviene que cada uno conserve lo que le toca, con tal prudencia y discreción, que vaya acompañada de caridad y cortesía.

## CAPÍTULO V

### DE LA HUMILDAD MÁS INTERIOR.

Bien sé, Filotea, que desearás te conduzca más adelante en la humildad, porque lo que de ella hasta aquí he tratado, antes se puede llamar sabiduría que